

## LA CAÍDA DEL IMPERIO ROMANO. EL OCASO DE OCCIDENTE.

ADRIAN GOLDSWORTHY

Madrid, La Esfera de los Libros (2009).

El autor británico, que estudió en el St. John's College de Oxford y que en la actualidad se dedica a una más que fértil actividad literaria de publicación de estudios históricos, dotados de una interesante faceta —en este caso virtud—, de alta capacidad divulgativa, es suficientemente conocido por otras obras ya publicadas y traducidas al español (*La caída de Cartago. Las Guerras Púnicas, 265-241 a. C.*, Barcelona, 2002; *Grandes generales del ejército romano. Campañas, estrategias y tácticas*, Barcelona, 2005; *El ejército romano*, Madrid, 2005; *César*, Madrid, 2006) por lo que no precisa mayor presentación.

Su último ensayo, del que aquí haremos una breve reseña, no elude el término *caída*, que no ha estado precisamente de moda en los círculos académicos en los que, en la últimas décadas, se ha preferido hablar de *transformación*, tratando de contemplar las cosas desde una óptica en la que se minimizaba el cambio sobre una concepción histórica apoyada más en la continuidad cultural. Así, como señala el propio autor: «*El proceso no fue rápido, pero, considerado a largo plazo, no puede contemplarse más que como una decadencia —y en el caso del Imperio de Occidente— una caída. Fue un proceso largo y no hubo ningún acontecimiento, guerra perdida o decisión que pueda señalarse como único factor desencadenante. La pregunta básica sigue siendo por qué sucedió y si la causa más importante fueron los problemas internos o las amenazas externas*» (p. 501).

El autor, a lo largo de quinientas veinticuatro páginas de texto principal, al que añade notas (pp. 525-580), cronología (pp. 581-593), un breve glosario (pp. 595-

604), bibliografía (pp. 605-623) e índice onomástico (pp. 625-631), deja bien clara su hipótesis de trabajo: fueron los motivos internos, las guerras civiles y la afloración constante de usurpadores, junto a la debilidad de determinados emperadores (en algunos casos emperadores-niños dirigidos por cortesanos), lo que explica que se produzca, a partir del siglo III d.C., una larga crisis interna, que confluye desde el último cuarto del siglo IV y a lo largo del V, en la caída final. Estaría por lo tanto fuera de lugar negar el hecho evidente —y es lo que se desprende de la lectura del libro de Goldsworthy— de un tipo de decadencia que afectó, de lleno, a la parte occidental del Imperio. Oriente se salvó «metamorfoseándose», por así decirlo, en un nuevo imperio cristiano-bizantino, que sobrevivió hasta el siglo XV con la irrupción sobre sus fronteras y, finalmente, con la ocupación de su capital (Bizancio) por los otomanos.

Vistas así las cosas, Goldsworthy trata de presentar al lector una perspectiva que, a mi entender, conlleva dos aspectos principales: 1º) La comparativa entre la etapa altoimperial (que él conoce bien) y, tras la crisis del siglo III (etapa que se ha venido en denominar «anarquía militar»), el periodo bajoimperial que presenta, a su vez, dos momentos, el siglo IV, de relativa recuperación (pero sin conseguir superar el endémico mal de la guerra civil), y, finalmente, el siglo V, que es ya de hundimiento definitivo en la parte occidental del Imperio. 2º) Que todo este proceso, que conduce a la caída y al colapso (la partición del imperio en el 395 d. C. nada bueno augura especialmente con la falta de colaboración entre ambas partes, Occidente y Oriente, aspecto que puede verse durante la minoría del emperador Honorio y la regencia de Estilicón), se explicaría no tanto por las presiones externas, los ataques de los bárbaros sobre las fronteras, como por la demoledora y perniciosa sucesión de guerras civiles. Se trataría por lo tanto de una *caída* desde dentro.

El esquema de trabajo del profesor británico retoma en cierta medida la obra de E. Gibbon, *The Decline and Fall of the Roman Empire* [1897] (p. 33) al comparar el siglo II, el de los emperadores adoptivos, cuando Roma se encuentra en el máximo de su poder y la crisis empieza a despuntar a la muerte de Cómodo (193 d. C.). De ahí que «El reino dorado» sea el primer capítulo dedicado por este investigador a la época del añorado emperador Marco Aurelio, del que se hizo eco, de modo nostálgico y como el mismo autor señala, el senador e historiador Dión (p. 75). Lo que ocurre tras el emperador-filósofo es el comienzo del fin. El autor contrapone constantemente la prosperidad de los siglos I-II d. C. con el paulatino declive del III, IV y V. Ello no impide que se pregunte, en los tres grandes bloques de su libro, sobre estas mismas cuestiones (Parte I ¿Crisis? El siglo III; Parte II ¿Recuperación? El siglo IV; Parte III ¿La Caída? Siglos V y VI [dedica también un capítulo al emperador Justiniano y a su exitosa, aunque efímera, recuperación de parte del territorio romano perdido en el siglo V]).

El libro de Goldsworthy se sitúa en la línea de los historiadores que últimamente *revisan* la tesis académica más al uso entre los historiadores de la Antigüedad tardía, el de la transformación, como esta última lo hiciera en su día sobre

anteriores interpretaciones que, especialmente, hacían hincapié en la presencia de los bárbaros y el final del mundo romano. Obviamente, tal perspectiva tradicional se ha visto enriquecida por consideraciones del ámbito de la cultura y como resultado, también en parte, de la arqueología. La imagen que se tenía del bárbaro ha cambiado. Ello ha permitido contemplar a los pueblos germánicos, que *presionaban* sobre el Rin y el Danubio, amén de aquellos otros que procedían de las estepas euroasiáticas, desde una perspectiva en menor medida arquetípica, contemplando a tales colectivos como entidades en las que interaccionaron procesos del ámbito material y cultural latino, junto a la, cada vez más, creciente influencia del cristianismo del siglo IV (por lo menos desde el modelo arriano). La imagen del bárbaro, bestial y sediento de botín, dio paso a otra más realista.

Pero este hecho no impide ver que —y ésta es la clave de la cuestión aquí tratada—, desde finales del siglo IV, el declive en la estructura territorial del Imperio, su mermada capacidad organizativa y fiscal, el asentamiento de colectivos bárbaros en su seno, etc., todo ello sea una realidad difícil de cuestionar. Seguramente ha pasado el momento de contemplar las cosas desde una perspectiva *hostilista*, como suma de un conjunto de oleadas que barren el Imperio desde el exterior; pero, a nadie escapa, que las fuentes narrativas (que son precisamente abundantes) aportan sustanciosa información y que, por ello, no deben ser desdeñadas.

Dos obras recientes, a las que hace referencia Goldsworthy —no podría ser de otro modo— jalonan esa nueva *revisión* desde parámetros más actuales. Una de ellas es la de P. Heather (*La caída del imperio romano*, Barcelona, 2006) en la que este autor efectúa un análisis pormenorizado de los efectos de las presiones exteriores y del papel, que tuvieron, en todo ello, los hunos y su caudillo Atila. Este investigador retoma la importancia del factor externo, del peligro exterior y su incidencia especialmente en la parte occidental del Imperio. Resulta difícil delimitar el momento exacto en el que ya no es posible la «recuperación» (bajo Estilicón, Flavio Constancio, Aecio...), y el instante en el que todo parecía estar todo definitivamente perdido.

Es posible que, desde la derrota del emperador Valente frente a los godos en Adrianópolis (378 d. C.), el Imperio se fuera acomodando a una situación de hechos consumados (ya manifiesta durante el gobierno de Teodosio I), de presencia de tropas bárbaras, de acuerdos y pactos que habrían de mostrar su faceta más extrema y peligrosa en el momento en el que, por prolongación de la inestabilidad interna (usurpaciones), los pueblos exteriores aprovecharon tales circunstancias para penetrar dentro del Imperio (406 d.C.) y, luego, por falta de nervio (o por otros motivos que se nos escapan) las mismas autoridades romanas se mostraron incapaces de evitar el goteo de pérdida de territorios, lo que, a renglón seguido, conllevó inevitablemente la caída de ingresos (crisis fiscal) y la consiguiente debilidad militar.

Otro ensayo reciente es el de B. Ward-Perkins (*La caída de Roma y el fin de la civilización*, Madrid, 2007) en el que este último investigador muestra no sólo la

inestabilidad generada como resultado del establecimiento, dentro de los territorios imperiales, de los colectivos bárbaros sino —y esto quizá sea lo más importante— los perniciosos efectos que tuvo, sobre el bienestar y el consumo de la época tal incidencia, supuso, a la larga, el fin de toda una etapa, para dar paso a otra de mayor pobreza y regresión material.

Entiendo que Goldsworthy es deudor de estos dos autores a los que, por fuerza, cita (pp. 37-38).

Su perspectiva, es, por otro lado, diferente. Carga el acento en las guerras civiles y trata de explicar que éste viene a ser el motivo fundamental (si es que en tal complejo asunto pueda hablarse de un factor que esté por encima de los demás) que explicaría, en suma, la decadencia y el ocaso de Occidente.

Si bien resulta un tanto forzado reducirlo todo a un solo motivo, y dado que la búsqueda de las causas pierde parte de su sentido desde una perspectiva epistemológica (P. Veyne, *Cómo se escribe la historia. Ensayo de epistemología*, Madrid, 1972), también es cierto que desde la perspectiva de los acontecimientos, cuyas «huellas» encontramos en las fuentes literarias, éstas abundan en la narración de hechos (lo factual), que tampoco debe ser dejado de lado. Desde una perspectiva militar (A. Ferril, *La caída del Imperio Romano. Las causas militares*, Madrid, 1998) existen también hechos incontestables y conocidos por todos. Goldsworthy es, además, un historiador dedicado a cuestiones de esta índole lo que le permite ver las cosas desde una óptica nada desdeñable. Él mismo se confiesa advenedizo en esta periodo histórico y, tras su biografía sobre César, su empeño ha sido el trabajo que aquí se comenta (p. 21).

El incidir sobre la importancia de las guerras civiles como elemento fundamental de desgaste del mundo romano, frente al acoso y la acción de pillaje de las bandas de saqueadores extraliminales (aunque no todo deba reducirse a este tipo de acciones limitadas), a las que el autor concede menos importancia que a los problemas internos, ayuda a contemplar las cosas desde otro punto de vista, uno más en este complejo asunto y, no por ello, menos interesante. Otro aspecto que el autor relaciona con la proliferación de las guerras civiles, junto a la necesidad de emperadores que deben atender —Marco Aurelio fue el primero y este asunto persiste con la crisis del siglo III— el peligro militar en las fronteras, va unido a la decadencia del *ordo* senatorial y al ascenso de los *equites* (formando parte de los altos mandos del ejército) y de una burocracia que, salvadas las distancias con tiempos actuales, no siempre es ejemplo de eficacia, ni entonces ni ahora (el autor dedica algunas comparaciones especialmente en el capítulo final con los tiempos actuales). Roma en todo caso fue, para la época, una superpotencia —de hecho la única— y nunca hubo otros colectivos (ni partos, ni persas) que le pudieran hacer sombra. Ello le lleva a argumentar, no sin razón, que el Imperio decae por la suma de reiterados conflictos internos que son los que, como colofón, la debilitan, dado que los emperadores siempre temieron más a sus oponentes (los usurpadores de turno) que a sus enemigos externos, siempre más débiles.

*La caída del imperio romano. el ocaso de occidente.*

---

De este modo la propia naturaleza del poder imperial, el hecho de que Roma fuera incapaz de arbitrar un sistema estable y sucesorio (una monarquía hereditaria), aspecto que estaba en flagrante contradicción con la naturaleza del poder imperial (militar) y con las bases sentadas en el principado de Augusto, puede explicar también esa «malsana» y enfermiza competitividad por el trono, y el hecho de que los emperadores siempre estén preocupados por mantener tanto su poder como su propia vida. Esta cuestión ha sido puesta de manifiesto, con gran erudición, por Paul Veyne en una obra reciente en los siguientes términos: «*El emperador romano ejercía un oficio de alto riesgo: no ocupaba el trono como propietario, sino como mandatario de la colectividad encargado por ella de dirigir la República...*» («¿Qué era el emperador romano?, *El imperio grecorromano*, Madrid, 2009, p. 11).

En resumen, la obra de Adrian Goldsworthy, aporta una visión más (otra cuestión es que este mismo autor lo plantee, al final del libro, como algo sencillo que en absoluto lo es) al complejo análisis sobre la *crisis y decadencia* del mundo romano, a la que en su momento no pude hacer referencia (E. Pitillas Salañer, «Algunas consideraciones sobre una cuestión sobradamente conocida: La caída del Imperio Romano de Occidente [476 d. C.]», *ETF*, Serie II, Historia Antigua, 19-20, 2006-2007, pp. 309-330) por haberse publicado el artículo antes de que este último libro suyo saliera a la venta (sept., 2009).

Eduardo Pitillas Salañer

IES Augusto González de Linares

Santander

